



¿Y si la lengua materna de Pedro ya no fuera el español y ahora fuese el inglés, todavía sería capaz de madrugar?

GABRIEL PÉREZ
MOYA¹

Es posible que usted haya escuchado o leído en algún momento de su vida la idea de que cada lengua es una forma particular de ver el

mundo y que, por lo tanto, el idioma que aprendió de pequeño determinará drásticamente la manera en cómo pensará, recordará y percibirá su entorno. Es decir, si su lengua nativa es el español, usted estará condicionado por una forma de pensar, mientras que un hablante que tiene el inglés como lengua materna estará confinado a ver el mundo de otra manera. Sin embargo, ¿qué tan cierto es esto?

Este escrito no pretende, de ninguna manera, responder tajantemente a esa pregunta (de lo contrario, me parece a mí, pecaría de soberbio), pues durante décadas lingüistas, antropólogos, psicólogos, neurocientíficos y filósofos se han interesado por encontrar una respuesta a esta interrogante y, hasta el día de hoy, todavía no existe un

¹ Universidad de Chile

Y SI LA LENGUA MATERNA DE PEDRO YA NO FUERA EL ESPAÑOL Y AHORA FUESE EL INGLÉS, ¿TODAVÍA SERÍA CAPAZ DE MADRUGAR?

consenso claro sobre cuánto impactaría el lenguaje en nuestra forma de pensar. Las preguntas son: ¿el lenguaje determina completamente el pensamiento? ¿o solamente influye mucho/un poco en este? ¿tal vez, sencillamente, no existe ninguna relación entre lengua y pensamiento?

“Casi todos sabemos querer
Pero pocos sabemos amar
Es que amar y querer no es igual
Amar es sufrir, querer es gozar”

Así comienza la canción “Amar y querer”, de José José, uno de los cantantes mexicanos más icónicos del siglo pasado. Para nosotros, los hispanohablantes, son claras las diferencias que existen entre la palabra “querer” y la palabra “amar”. “Amar” se asocia a un nivel más profundo de conexión emocional mientras que la palabra “querer” no necesariamente implica el mismo grado de compromiso, sino que puede ser un sentimiento más superficial y variable a lo largo del tiempo. En inglés, sin embargo, no existe tal diferencia lingüística, pues los usuarios que tienen este idioma como su lengua materna dicen “*I love you*” para indicar aprecio y cariño por alguien o algo. ¿Eso significa, entonces, que los angloparlantes no son capaces cognitivamente (y emocionalmente) de comprender las diferencias entre sentir un afecto profundo y comprometido por alguien versus solamente tenerle cariño a ese alguien?

¿Qué cree usted?

Anteayer, un buen amigo mío, lanzó su primer libro en una librería del centro de Santiago. Sinceramente, me pone muy contento, porque doy fe del arduo trabajo que ha hecho Pedro, mi amigo, para escribir su historia. A veces trasnochaba con tal de terminar el capítulo, en otras madrugaba porque sentía que mentalmente funcionaba

mejor antes de que saliera el sol. Pero ayer, durante la sobremesa, le aconsejé que mejor se tomara las cosas con calma para escribir el segundo libro: “ya tienes muchas ojeras, ¡es hora de descansar!” le dije.

Lo curioso es que, si Pedro hubiera sido angloparlante y, si el lenguaje determinara totalmente su percepción del mundo como algunos autores afirman, entonces no comprendería el concepto de la palabra “anteayer”, pero tampoco podría “lanzar” su libro, porque no hay un equivalente a estas palabras al inglés. Y para qué hablar de “trasnochar”, “madrugar” y “sobremesa”. ¿Eso quiere decir, entonces, que Charles Dickens jamás trasnochó escribiendo una de sus obras o que Obama nunca madrugó mientras ejercía como presidente?

Pues, parece que no. Dickens fácilmente pudo haber *stayed up late* (lo que puede traducirse como “quedarse despierto hasta tarde”) escribiendo *Oliver Twist*. Y Obama definitivamente puede *wake up early before the sun raises* (“levantarse temprano antes de que el sol salga”).

De esta forma, se puede expresar estos conceptos en inglés, pero se debe cambiar las palabras a términos más específicos para expresar el significado literal en español. Lo que se vuelve más complicado, quizá, es tratar de transmitir el sentimiento y la profundidad del alcance semántico que tienen las expresiones originales en español al inglés, lo que no implica necesariamente que no pueda ser comprendido por alguien que no sea nativo del español.

LA PERCEPCIÓN DEL COLOR

La forma en que empaquetamos y categorizamos los colores es uno de los argumentos más utilizados para defender la

idea del determinismo lingüístico. Diversos estudios indican que efectivamente las personas que tienen como lengua materna el ruso, el griego o el turco, tienden a diferenciar con mayor rapidez distintos tonos de azul debido a las variadas formas de clasificación que contienen sus lenguas para nombrar los diversos matices de este color, a diferencia de lo que ocurre con los hablantes del español o del inglés.

En español utilizamos mayoritariamente el término “azul” como base para referirnos a los distintos tipos de azul. El ruso, en cambio, cuenta con diversas formas para clasificar distintos tonos de este color, así como, por ejemplo: Синий (Siniy): Azul; Голубой (Goluboy): Azul claro o celeste; Лазурный (Lazurnyy): Azul lapislázuli; Морской (Morskoj): Azul marino.

Sin embargo, ¿es realmente potente este argumento a favor del determinismo lingüístico? El humano tiene la habilidad de aprender y adaptarse a su ambiente. Cuando somos bebés, por ejemplo, somos capaces de diferenciar entre los sonidos de distintas lenguas hasta los ocho meses. Luego, a partir de esa edad, nos centramos en aprender y solidificar los sonidos de nuestra lengua nativa por tratarse de la que más escuchamos en nuestro entorno; no es más que un mecanismo de sobrevivencia. Eso, no obstante, no nos imposibilita aprender otros idiomas cuando crecemos o lograr distinguir diferencias prosódicas en otras lenguas.

Pues bien, algo similar ocurre con los colores. De esta manera, con un entrenamiento rápido, cualquiera puede ser capaz de ampliar su vocabulario cromático y adquirir con cierta facilidad la habilidad para discriminar entre diversos matices de azules o de cualquier otro color.

LA PERCEPCIÓN DEL TIEMPO

Imagine el tiempo como una línea recta, infinita, que se desplaza de manera horizontal de izquierda a derecha. Bien, teniendo esto en cuenta, el español, por ejemplo, se suele asociar el pasado con aquello que está espacialmente “detrás” de un *yo* (punto de referencia) y el futuro se encuentra espacialmente “delante” de ese *yo* referencial. Esto, no obstante, no pasaría en algunas lenguas andinas como en el aymara. Hablada principalmente en Perú, Bolivia y en el norte de Chile y Argentina, el aymara concibe el pasado como aquello que está espacialmente “delante” del *yo* referencial, y el futuro se ubica espacialmente “detrás” del *yo* referencial, patrón que, además, se observaría en los gestos corporales que realizan sus hablantes. Así, cuando indican un hecho ocurrido en el pasado, señalan hacia delante, sin embargo, cuando mencionan un hecho que todavía no ha tenido lugar en la línea temporal, tienden a señalar hacia atrás.

En el 1999, Juan Carlos Godenzzi, compara esta inusual forma de concebir el tiempo en aymara con el español. A continuación, uno de los ejemplos que proporciona:

*Nayra pachanakaxa jach'a tatanakaxa
like'ichirinakxata arukipt'stuxa.*

“En los tiempos antiguos los mayores
contaban sobre los saca sebos”

La idea de *pasado* está expresada por *nayra pachanaka*, literalmente “los tiempos de delante”.

Y SI LA LENGUA MATERNA DE PEDRO YA NO FUERA EL ESPAÑOL Y AHORA FUESE EL INGLÉS, ¿TODAVÍA SERÍA CAPAZ DE MADRUGAR?

LA TRADUCCIÓN

Si nuestra forma de ver el mundo dependiera completamente de la lengua que hablamos, entonces la traducción no sería algo posible, pero esto no es así.

Es factible traducir la frase “la manzana es roja” al inglés, al alemán o al japonés y en todos los casos se referirán a la misma fruta que pertenece al género *Malus*, la que, además, es comestible y suele tener forma redonda y piel fina y tiene como característica visual un tipo de color que se produce debido a la presencia de antocianinas, un tipo de pigmento que se encuentra en muchas frutas y vegetales.

Es cierto que algunos conceptos pueden ser más desafiantes o requerir más esfuerzo al ser traducidos a otro idioma, como es el caso del Dickens trasnochador o el ejemplo del Obama madrugador, pero el sentido seguirá siendo el mismo, aunque se deba explicar un poco más para llegar al significado literal.

Entonces, volviendo a la pregunta del principio, y si la lengua materna de Pedro ya no fuera el español y ahora fuese el inglés, ¿todavía sería capaz de madrugar? Lamentablemente no me siento en el *mood* para responder esa pregunta, por lo que le dejo a usted, querido lector, el trabajo de responderla.

Imagen de este archivo: “San Jerónimo escribiendo”, Caravaggio.